

*Darío G. Barraera*

Doctorante en Historia de la EHESS de París en historia de las civilizaciones. Profesor de la Universidad de Rosario, Rosario, Argentina. Director de la revista *Prohistoria*, editada en Rosario. Ha sido conferencista invitado en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México, y en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Especialista en temas de una historia antropológico-política, siglos XVI y XVII e historia de la historiografía. Ha publicado artículos en revistas mexicanas como *Historias* y *Correo del Maestro*. Se encuentra en prensa un cuaderno sobre el tema "Una bibliografía crítica de la historiografía del siglo XX", que será publicado por la Universidad Michoacana. También es autor del trabajo "Las razones de la lealtad en un pleito entre notables. Santa Fe la Vieja, primera mitad del siglo XVII" en *Poder y Sociedad, Santa Fe La Vieja, 1573-1660*, Manuel Suárez editor, Rosario, 2000.

**Resumen**

El artículo propone un recorrido por la historia política, desde una perspectiva antigenealógica, donde los desarrollos aparecen vinculados a distintos centros, emergentes desde los años setenta. Como horizonte, apunta a otorgar centralidad a las preocupaciones en torno al estudio de los vínculos móviles, la negociación social y a una sensibilización del historiador hacia las constelaciones siempre cambiantes del poder, desde una perspectiva constructivista y configuracional.

**Palabras clave:**

Historia política, filosofía de la historia, antropología, historiografía política.

**Abstract**

The article proposes a general revision of political history, from an antigenealogical perspective, where developments are linked to various centers emerging in the 1970s. It hopes to place the study of mobile bonds at the center. It also focuses on social negotiation and the sensibility of the historian towards the everchanging constellation of power, from a constructivist and configurational perspective.

**Key words:**

Political history, philosophy of history, anthropology, political historiography.

**Fecha de recepción:**

mayo de 2001

**Fecha de aceptación:**

septiembre de 2001

# Por el camino de la historia política: hacia una historia política configuracional

*Darío G. Barrera*

## HISTORIA POLÍTICA: ¿RETORNO O DESARROLLO POLICÉNTRICO?

El recurso del ejercicio, organización y práctica de la instancia política en sociedades de todo tipo es una constante en los estudios históricos: esta constancia es además relativa cuando se relaciona el segmento analítico con áreas y periodos más precisos. Sin embargo, existe un consenso justo y debidamente generalizado en torno a que, durante todo lo largo del siglo XX y, considerando la producción historiográfica sin restricciones en cuanto a ámbitos académicos o recortes espaciales, los enfoques sobre la cuestión sufrieron modificaciones de magnitud. Uno de los más recientes ha sido denominado, de un modo bastante genérico, como “nueva historia política” y constituye, sin duda, una de las líneas fuertes de los desarrollos críticos que ofrece la disciplina histórica en los últimos treinta años. Desde esta doble perspectiva —su presencia destacada en el conjunto y su atractivo derivado de la ubicación relativa a la materia de este estudio— amerita la revisión de los supuestos sobre los cuales se sustentan sus orígenes y sus líneas de desarrollo. Siguiendo en un principio la valiosa pista sugerida por algunos traba-

jos recientes,<sup>1</sup> se proponen aquí algunas vertientes de reflexión derivadas de un recorrido crítico por ese camino, con el objeto de trazar líneas de trabajo alternativas y posibles.

### *“Retorno” de la historia política: la “nueva historia política”*

En principio, parece legítimo interrogarse acerca de algunas ideas frecuentemente vinculadas al par historia-historia política. Así, se revisará por una parte la noción de “retorno” de la historia política<sup>2</sup> como también la pertinencia de

<sup>1</sup> Nos referimos aquí a los trabajos de Gil, “Historia”, 1995, pp. 195-208; Schaub, “Histoire”, 1995, pp. 217-235, y Ruiz, “Crisis”, 1995, pp. 237-245. Una notable aplicación de estas propuestas en Ruiz, *Felipe II*, 1999. También fueron objeto de reflexión los sugestivos trabajos de Guerra, “Nueva”, 1989, pp. 243-264, y “Renacer”, 1993.

<sup>2</sup> Barrera, “Retorno”, 1999. La cuestión también había sido evocada por Schaub en la comunicación citada más arriba, señalando que “Si ce dont on parle c'est d'un regain d'intérêt manifesté à l'égard d'objets historiques en déshérence, alors le retour à l'histoire politique ne peut signifier la restitution à l'identique d'une manière ancienne de faire l'histoire”, p. 217. La reflexión —con la que estamos en un todo de acuerdo— ha servido en buena

la fórmula adoptada para la denominación del momento que ejemplifica el supuesto *regreso* (la “nueva” historia política). En rigor, una cosa lleva a la otra, y comenzamos por esta última.

Si un lector —avisado o no— se ajusta a lo que de manifiesto existe en la sintaxis de la fórmula (caracterizándola por un lado como “retorno” y por el otro echando mano una vez más a la adjetivación de la cualidad [“novedad”] como atributo para la delimitación) queda en evidencia la propensión a caer en un lugar común, en la elaboración de un rótulo que no expresa de la mejor manera —o hasta obtura la visualización de— una heterogeneidad que exige afinar el trazo. “Nouvelle histoire”, “nouvelle vague”, “nouvelle cuisine”, “nueva escuela”, “nueva Izquierda” —y la lista podría extenderse— son algunas de las etiquetas con las cuales algunos movimientos intelectuales y culturales del siglo XX se diferenciaban de un “mismo” anterior...: nuevo/viejo, moderno/antiguo, presente/pasado son las oposiciones dicotómicas fundamentales que los protagonistas de los procesos renovadores utilizan para designar el resultado, el producto propuesto como superador, a la salida de estos procesos de diferenciación. Pero si los pensamos históricamente —incluyendo *realmente* en nuestras ordenadas la dimensión del futuro, teniendo en cuenta la posibilidad de preteritar nuestra experiencia en una concepción de la historia que considera realmente el porvenir— podemos relacionar

---

medida como disparadora de la nuestra que, de todos modos, no se limita al caso francés ni está sustentada necesariamente en el mismo recorrido.

ambas instancias, encontrando que tanto la adjetivación [nueva] como las mencionadas oposiciones fundamentales, a la hora de *nominar*, no dan cuentas suficientemente de las *cualidades* que hacen a tal diferenciación.

Este fenómeno, al menos en principio, deja al descubierto la escasa capacidad que muchas veces desnudamos los historiadores para crear denominaciones con base en un repertorio lingüístico que —desde esta perspectiva— queda expuesto como limitado y limitante para sancionar experiencias diferentes, aferrado a una recurrencia escasamente original que remite a un juego de oposiciones binarias y brutalmente dicotómicas. En éstas, las distinciones se barajan en un régimen de tiempos que —finalmente— es reduccionista, fijo y, eludiendo la consideración de una “nueva novedad” que supere a la “propia novedad”, excluye al futuro como temporalidad posible. El mismo tipo de reflexión es aplicable a la problemática de “los retornos” (sea éste del sujeto, de la narración, de la biografía o de la política) que no son evidentes en su calidad de tales.

Aquí se sostiene la hipótesis de que los ámbitos a los cuales se atribuye un “retorno” están organizados alrededor de preocupaciones permanentes de la historia y de los historiadores. En determinadas coyunturas, estas preocupaciones ganan en volumen y adquieren centralidad, pero lo hacen bajo supuestos tan disímiles a lo que se ubica como antecedente, que su representación sugiere y hasta obliga a pensar estos fenómenos desde una perspectiva muy diferente a aquella que intenta ubicar retornos y novedades en un plano de

oposiciones que se presenta como excesivamente simplificante.

Los motivos de un cuestionamiento tal merecen ser expuestos, de manera de proveer algunos argumentos para sustentarlo, a la vez que proponer una visión del recorrido historiográfico que, mostrando su multiplicidad, pretende aportar modos de problematizar el proceso para reabrir la discusión e intentar clarificarlo. El universo historiográfico que utilizaremos como plano de ensayo está referido sobre todo a la producción de algunos historiadores modernistas y americanistas, girando la mayor parte de las veces sobre las formas de poder político anteriores al liberalismo burgués, lo que se designará genéricamente como el universo político del antiguo régimen.<sup>3</sup>

*Historia política: ¿retorno, renacimiento o big bang?*

En ocasión de un balance historiográfico, hace poco más de siete años, en el marco del primer Congreso Internacional "Historia a Debate", el notable medievalista Jacques Le Goff daba comienzo a su comunicación con el siguiente diagnóstico:

La historiografía occidental, y la francesa en particular, está marcada desde hace una decena de años al menos, por el regreso de temas y problemáticas que anteriormente

habían sido desvalorizados, en particular bajo la influencia de los Annales.<sup>4</sup>

Le Goff ubicaba estos "retornos" dentro de la historiografía francesa en un espectro más amplio de las críticas que venían siendo formuladas, desde comienzos de los años ochenta, contra la *escuela* de los Annales. El autor de *Saint Louis* se planteaba también si estos múltiples retornos eran un progreso y si, en tal caso, constituían un sistema. Respecto del protagonizado por la historia política, Le Goff señalaba tres momentos clave: la ubicación de una primera actitud de oposición a la historia política tradicional considerada inapropiada y combatida fundamentalmente por los primeros Annales; la asociación de este retorno a la toma de conciencia en general de un nivel de la historia irreducible a otra cosa y, por último, el deseo de que el "retorno a la historia política debe manifestarse bajo una forma profundamente renovada de la historia política", bajo el signo de un desplazamiento desde la política hacia *lo político*. Este desplazamiento, en términos del mismo Le Goff, estaba relacionado fundamentalmente con el estudio del poder otorgando un lugar privilegiado a los aspectos simbólicos, cuyas primeras propuestas podían encontrarse ya en un clásico artículo suyo de 1971.<sup>5</sup> En el mis-

<sup>4</sup> Le Goff, "Retours", 1995, pp. 157-165. Existe versión en español, "Retornos", 1997, pp. 35-44. La cita corresponde a esta versión y traducción, p. 35.

<sup>5</sup> La referencia corresponde a "¿Es la política todavía el esqueleto de la historia?", publicado en español por Gedisa en Le Goff, *Maravilloso*, 1985,

<sup>3</sup> Incluso cuando algunos sostienen que, sobre todo, la vitalidad de esta corriente estaría expresada en la denominada "historia del tiempo presente". Véase Balmand, "Renouveau", 1997, p. 389.

mo acto durante el cual Le Goff realizaba esta presentación, otras voces trataban el tema, otorgando menos peso al perfil de un *retorno* y mostrando más concretamente cómo se percibía esta nueva puesta en escena de la esfera de la política en la producción historiográfica.<sup>6</sup>

Lo primero que es necesario cuestionar es la atribución de la “novedad” a un planteamiento como el señalado en el marco de su coyuntura de exposición, a mediados de la década de 1990. Lo esencial de la propuesta de Le Goff en cuanto a retorno y novedad de la historia política, ya había sido formulada, *in extenso*, en un trabajo que Jacques Julliard publicaba en 1974 dentro de los tres volúmenes de *Faire de la Histoire*, coordinado por el mismo Le Goff y por Pierre Nora. Ya por entonces recordaba y justificaba ampliamente Julliard que la mala prensa de la historia política entre los historiadores franceses —cuya prédica en otras latitudes constituyó a este fenómeno en una convicción más o menos universal—, se debía a “su solidaridad de hecho con las formas más tradicionales de la historiografía de principios de siglo”. Sus defectos, desde el punto de vista de sus detractores, no eran pocos ni menores,<sup>7</sup> pero aun a pesar de ellos,

pp. 163-78. La edición original, en la revista *Dædalus*, fue publicada en inglés, mientras que en francés fue compilado también en *Imaginaire*, 1985.

<sup>6</sup> Se trata de las siguientes ponencias: Imízcoz, “Actores”, 1993; Prochasson, “Vingt”, 1993 y las ya mencionadas de Xavier Gil Pujol, Jean-Frédéric Schaub y José Javier Ruiz Ibáñez, citadas arriba Todos en el I Congreso Internacional Historia a Debate, Santiago de Compostela, 1993.

<sup>7</sup> “Ignora los condicionamientos; es elitista, incluso biográfica, e ignora a la sociedad global y las masas que la componen; [...] ignora lo serial [...]”

en el trabajo de Julliard aparecen ya algunos intentos por explicar y dar magnitud a las razones de la *permanencia* de la historia política. Este aspecto de la historia —afirmaba Julliard hacia comienzos de 1970— continúa siendo la base de la periodización más general y sigue siendo cuantitativamente importante, por lo cual *Annales* no podía continuar ya ignorando su producción: *no se ganará nada* —sentenciaba el mismo autor— *confundiendo un método con el objeto al que se aplica*.<sup>8</sup>

Los artículos compilados en esos volúmenes fueron escritos entre 1968 y 1972, una coyuntura más que significativa respecto del contexto en función del tema que analizamos: si alguna dimensión de la realidad estaba por entonces omnipresente, ésa era la política.<sup>9</sup>

la comparación [...] el análisis [...] lo material [...] es ideológica y no tiene conciencia de serlo, es parcial y no lo sabe tampoco; se apega al consciente e ignora el inconsciente, es puntual e ignora la larga duración; en una palabra, pues esta palabra lo resume todo en la jerga de los historiadores, es *acontecimental*. En suma, la historia política se confunde con la visión ingenua de las cosas, la que atribuye la causa de los fenómenos a su agente más aparente, el situado más alto y que mide su importancia real por su resonancia en la conciencia inmediata del espectador. Una concepción semejante [...] no merece el nombre de ciencia, ni siquiera atildada con el epíteto ‘humana’ y menos aún social” en Julliard, “Política”, pp. 237-38.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 238. En contra del argumento acontecimentalista, el propio Braudel, en un artículo aparecido en *Annales* en 1958, desanudaba lo que parecía sellado: “la historia política no es forzosamente acontecimental, ni está condenada a serlo”, Braudel, “Longue”, 1969, p. 46.

<sup>9</sup> Véase por ejemplo el monográfico de *Sociológica*, “1968”, 1998, con motivo de los treinta años del mayo francés.

Julliard intentaba anotar algunas razones para ubicar un “renacimiento” de la historia política, y entre las principales ya aparecía la línea de la especificidad, o como suele llamarse desde diferentes vertientes teóricas, la cuestión de la “autonomía relativa” de lo político<sup>10</sup> e incluso su preponderancia absoluta frente a otros tipos de historia.<sup>11</sup> En su opinión, la renovación pasaba, por una parte, por el intercambio con la politología, y por un giro en la concepción del “tiempo específico” del objeto, pasando de la coyuntura a la larga duración.<sup>12</sup> La problemática debía centrarse en el estudio del poder y su reparto.

Reténgase por ahora que al menos la cuestión del retorno está señalada ya a comienzos de los años setenta. Es el momento de evaluar qué es lo que sucede con el tema de la “nueva historia políti-

ca” como forma específica y renovadora de este retorno.<sup>13</sup>

Descentrando ese enfoque —hoy considerado clásico— es evidente que, en tanto la “historia política” fue durante siglos la única manera de escribir historia, las voces contestatarias no pueden pretenderse exclusivas de ciertos intelectuales del siglo XX: no en vano, los mismos *nuevos historiadores*, realizando ejercicios genealógicos acerca de sus fuentes de inspiración, ubicaron a Voltaire o a Michelet como “precursores” o hasta “antecedentes” de la *nouvelle histoire*.<sup>14</sup> En el texto de Le Goff, tampoco están ausentes Marx o Huizinga como otros promotores de una veta completamente diferenciada de comprender, explicar y escribir la historia.

Al operar un nuevo descentramiento —esta vez académico y social—, Elias ofrece una interpretación para el proceso desarrollado en Alemania. La caracterización de la historia política decimonónica (que no desaparece en el siglo XX) no difiere demasiado del diagnóstico de Bloch y Febvre para el caso francés. Se trataría de

una historiografía en que las acciones de los príncipes y cortesanos, los conflictos y las alianzas entre los Estados, los logros de

<sup>10</sup> Julliard, “Política”, p. 241; la referencia es Ricoeur, “Paradoxe”, 1957.

<sup>11</sup> “La cuestión no estriba ya en saber si la historia política puede ser inteligible, sino más bien saber si en adelante puede existir una inteligibilidad en la historia fuera de la referencia al universo político”, en Julliard, “Política”, p. 243.

<sup>12</sup> La revolución, epicentro de la reflexión y la producción de la historia política en Francia, será desplazada de su puesto de fenómeno puntual al de curvatura política, al instante voluntario dentro de un proceso. Por otra parte, el respeto hacia esta nueva manera de hacer la historia política, devendrá de un nuevo aire otorgado por la instalación de “lo serial” en este tipo de estudios. Desde una óptica también renovada —bajo el signo de la obra foucaultiana y la interpretación *annaliste* de Nora y Paul Veyne—, el acontecimiento político se desplaza, como se vio en el caso de la revolución, de su lugar de producto al de productor: al materializar un punto de curvatura de la historia, se vuelve a su vez productor de estructura.

<sup>13</sup> Véanse también otros textos, aquí no trabajados, como los de Mommsen, “Situation”, 1972 y, más tarde en Rémond, *Histoire*, 1980. En la década de 1980 el tema aparece señalado también por Bourdieu y Martin, *Écoles*, 1983 y Dosse, *Histoire*, 1987.

<sup>14</sup> Véase especialmente Le Goff, Chartier y Revel, *Nueva*, 1988 [*Dictionnaire*, 1978], sobre todo “Histoire”, 1978, pp. 210-241. “Edades”, pp. 19-44 [“Moyens”, 1974, pp. 45-63].



los diplomáticos y de los grandes generales, en suma, las acciones de los grupos dominantes de la aristocracia de los Estados absolutistas, [ocupaban] el centro de la atención.<sup>15</sup>

Si bien el materialismo marxiano representó una alternativa radical a esta forma de pensar la historia, otra alternativa presentada en Alemania a esta historiografía fue la denominada “historia de la cultura”, cuya atención se dirigía

a aquellas esferas de la vida social humana en que dichas clases excluidas del poder político habían encontrado su legitimación y orgullo, en ámbitos como la religión, la ciencia, la arquitectura y la poesía, pero también en el progreso de la moral humana, tal y como ésta se manifestaba en las costumbres y formas de comportamiento de la gente común.<sup>16</sup>

Elias identifica, y esto es central en su análisis, que esta oposición, visualizada como una “forma correctiva” opuesta a la historia política, fue propuesta por una fracción de las elites de clase media alemana que, bajo la etiqueta de “historia de la cultura” se alienaban en una suerte de postura “apolítica”. Una clara expresión de esa actitud aparece representada en Ernst Gorthein (*Die Aufgaben der Kulturgeschichte*, Leipzig 1889) quien por entonces estigmatizaba la visión de la historia que sólo se ocupaba de la conformación de la vida del Estado como excluyente. Su argumentación, tal co-

mo lo señala Elias, era paradójicamente política: mientras que el refugio en la “cultura” constituía la alternativa de escape a la humillación que esta fracción de la clase media vivía a manos de la exclusión estatal, una alternativa que posibilitaba una disidencia asordada, solapada, que les evitaba una oposición frontal con el régimen. Pero su posición “apolítica” cobraría un giro quizás no deseado, ya que se volvería, poco después, “en contra de la política parlamentaria de un Estado democrático.”

Elias ubica este proceso, muy vivo hacia el final del siglo XIX, como una instancia de los conflictos en el proceso de afirmación de las convicciones nacionalistas<sup>17</sup> en el cual Estado y nación constituían valores preeminentes no sólo dentro de la historiografía, sino en toda la sociedad. Durante la primera parte del siglo XX, claro está, las clases medias alemanas protagonizarán otro (desgraciado) giro, del humanismo “apolítico” al nacionalismo que alcanza su cúspide en el periodo hitleriano.

De esta manera, la configuración contextual de la nueva centralidad de los procesos políticos en los estudios históricos —queda claro— no estará necesariamente ligada a las circunstancias que

<sup>17</sup> Tan bien ilustradas, por otra parte, en la lección inaugural de Dietrich Schäfer en Jena, 1884: “La ciencia misma de la historia navega [...] en las aguas nacionales. Esta disciplina considera en nuestros días, con sobrada razón, que una de sus tareas más importantes es el cultivo y la reanimación del sentido nacional, que con muchísima frecuencia se afirma, es una exageración unilateral; es su única tarea. Y, esto no lo podemos negar: nuestra ciencia ha aprendido a navegar en estas aguas nacionales”, en *ibid.*, p. 161.

<sup>15</sup> Elias, *Alemanes*, 1999, p. 154.

<sup>16</sup> *Ibid.*



acaban de reseñarse. Volviendo al ámbito académico francés, un latinoamericanista —François-Xavier Guerra— en la elaboración de su tesis doctoral<sup>18</sup> había enfrentado el desafío de la explicación de un “régimen político” eligiendo como centro de su estudio los “actores”<sup>19</sup> y tomando la decisión de añadir un indicador cuyo tránsito en la historiografía ha marcado el comienzo de una renovación profunda: el vínculo.<sup>20</sup> Guerra afirma que la historia política, que “no sólo existe desde que existe la historia, sino que durante siglos ha sido la historia por excelencia o, incluso, la única historia”,<sup>21</sup> fue abandonada por la apertura de los campos abarcados bajo la cómoda denominación de *Nouvelle Histoire*. Siempre según este historiador, el nuevo auge de la historia política queda evidenciado en el número de tesis dedicadas a la problemática, indicador que estaría constituyendo la señal más clara de los cambios historiográficos. Así, para Guerra, no se trata de un retorno ni de una restauración, “sino una etapa posterior en la manera de hacer historia que, al mismo tiempo que integra muchas de las

aportaciones de la ‘nueva historia’, busca superar los límites en que ésta se había encerrado”.<sup>22</sup>

Su propuesta incorpora lo contemporáneo y aborda el *declive* y el *renacer* de la historia política a partir de recuerdos comunes a una generación, lo que para Guerra significa reconocer un tránsito paradójico.<sup>23</sup> Señala que desde los últimos años de la década de 1960 fueron apareciendo algunas obras que resolvían problemas que debía afrontar el historiador de lo político.<sup>24</sup> En idéntica dirección van algunas afirmaciones de Pierre

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 221-222.

<sup>23</sup> Respecto a la inflexión del 68, y a diferencia de la mayor parte de los panegiristas de la *Nouvelle Histoire*, Guerra afirma que en los sesenta, ésta no era algo nuevo y revolucionario sino la manera normal de hacer historia, es decir, que la ubica como hegemónica. Pero afirma también que no era la única; las clases de Marrou —quien alentaba la concepción de una historia cultural más general— eran, nos dice, las más populosas y entusiastas. Los cursos de Maurice Aymard insistían sobre lo político. Las clases de Girard o los libros de René Rémond pronto serían clásicos. Pero “Curiosamente, esta primacía teórica de lo socioeconómico que privilegiaba una visión determinista de lo social y de lo político, y del ‘tiempo largo’, iba pareja con un extraordinario interés por la política y por las rupturas revolucionarias. Era un momento de efervescencia de grupos y subgrupos que se pretendían revolucionarios y de ideologías de transformación social radical. Es decir, una época de voluntarismo político extremo que casaba mal con el lugar secundario que la historia socioeconómica asignaba a la política”, *ibid.*, pp. 224-225.

<sup>24</sup> Maurice Agulhon comenzaba a hablar de grupos, de actores y reintrodujo el concepto de la sociabilidad. Michel Crozier conceptualizó el problema de los actores sociales, mientras que François Furet en su polémico *Penser la Révolution Française*

<sup>18</sup> Guerra, *México*, 1988.

<sup>19</sup> Su propuesta había comenzado a circular en nuestro país de la mano de una traducción de Juan Carlos Garavaglia. Véase, Guerra, “Nueva”, 1989, pp. 243-264.

<sup>20</sup> Definible como “la formalización de las relaciones entre los actores visibles y el funcionamiento del sistema político. En otras palabras, la relación, siempre fechada, de un actor con otros actores: parentesco, amistad, enemistad, solidaridades sociales, relaciones militares, lazos de clientela, etcétera” en Guerra, *México*, 1988, t. I, p. 21. Véase también Guerra, *Modernidad*, 1993.

<sup>21</sup> Guerra, “Renacer”, 1993, p. 221.

Ronsanvallon, para quien —y siempre en el ámbito académico estrictamente francés— los seminarios de Raymond Aron, el aporte de los antiquistas como Jean-Pierre Vernant y Pierre Vidal-Naquet o los trabajos del antropólogo Louis Dumont,<sup>25</sup> estaban —desde los años sesenta— fuertemente comprometidos con la reflexión sobre la política y los fenómenos políticos. Habría que agregar a esta pequeña muestra otra obra de indudable valor, a juzgar por su posterior impacto, como es la de Louis Gernet, publicada hacia fines de aquella década.<sup>26</sup> De todas maneras, aunque la presentación es sesgada, es evidente el peso de la filosofía y la antropología en este polo de desarrollo de los estudios políticos, lo mismo que es indudable que el mismo eje está montado principalmente sobre sociedades antiguas.

François Xavier Guerra no descarta la posibilidad de rescatar, de poner nuevamente en evidencia, alguna de las vir-

---

revelaba formas de la sociedad moderna correlacionadas con la ideología revolucionaria. Cochin y Dumont encaraban el estudio de sociedades comparadas, a partir del criterio de predominio del grupo o del individuo y la difusión del método prosopográfico, el cual, sobre todo después de la generalización del uso de la computadora, terminó por cambiar la visión de los estudios políticos.

<sup>25</sup> La referencia aquí son *Homo*, 1966, y *Homo*, 1977. Según palabras del mismo Dumont, su tarea "consisterait à inverser la perspective, à éclairer notre type moderne de société, la société égalitaire, à partir de la société hiérarchique"; el agradecimiento que Dumont manifiesta en el prólogo de la edición francesa del último libro hacia Pierre Nora y François Furet, corrobora el nivel de colaboración entre antropólogos e historiadores de lo político durante esos años.

<sup>26</sup> Gernet, *Anthropologie*, 1968.

tudes de la antigua historia política.<sup>27</sup> La *Nouvelle Histoire*, a la que deben reconocerse muchos méritos, había sepultado a la historia política, reduciéndola a la mala historia diplomática, congelándola en una imagen demonizada y estigmatizándola como una tara para la *Nouvelle Histoire*. Aun cuando este proceso no es caprichoso en absoluto, sino que constituye un síntoma, quizás el más claro, de un ambiente, del *clima* de un cambio historiográfico en que lo efímero dejaba lugar a lo profundo, es justo reconocer que la historia política nunca dejó de ser practicada: su "auge" o "renacimiento" se debe fundamentalmente a la relegación que de ella hizo en general el grupo ligado a los *Annales* y, para situarla nuevamente, Guerra propone hacer la crítica de la concepción del actor que llevó a la crisis de la historia política entre los historiadores profesionales sin caer, no obstante, en el sociologismo puro, "incapaz de caracterizar la especificidad de los actores sociales".

Tomar uno de los elementos del objeto —paradójicamente, en este caso, el sujeto— permite presentar una imagen del recorrido según la cual, cruzando los discursos, ofrece la impresión de que un paso muy importante ha sido dado: parece bastante evidente que a) la historia política como práctica historiográfica

<sup>27</sup> Era mucho más operativa de lo que muchas veces se piensa. Por un lado, porque daba a la cronología, que es la trama misma de la historia, una gran importancia; por otro, porque las acciones de estos personajes, por su situación en la cúspide de la sociedad a la que pertenecían y por su libertad de acción, mayor que la de los otros actores, causaban efectivamente un impacto grande en los acontecimientos de su época", en *ibid.*, p. 230.

nunca desapareció completamente: su ubicación entre los temas más o menos visitados por los historiadores debe pensarse en el marco de una relación de fuerzas dentro del campo, relación de fuerzas lógicamente relacionada con los avatares de elaboración e imposición de un proyecto historiográfico que, desde un punto de vista mayoritariamente consensuado, tuvo sus orígenes en la detracción de la historia política tradicional (que prefiero denominar como “historia política histórica”). En este sentido: *b)* Su relegación a un segundo plano es un objeto de revisión y de estudio que debiera ser encarado sistemáticamente en tanto que proceso historiográfico; la vertiente del análisis basado en una concepción de las instituciones como arena de relaciones de fuerza, indica que de ninguna manera puede presentarse la hipótesis de una simple “supresión” o “superción”, en términos estricta y asépticamente teóricos. *c)* Los materiales conceptuales para desarrollar esta tarea, tanto como los que permiten una reflexión sobre la política y lo político en la historia están presentes en el bagaje de la disciplina hoy; la discusión que reconoce explícitamente los aportes interdisciplinarios sin negar la perspectiva histórica, de todas maneras se revela insuficiente para explicar las razones de este proceso que, por lo demás, desde el punto de vista de las dinámicas institucionales, debiera ser analizado en diferentes escalas (fundamentalmente espaciales) y desde una perspectiva reticular.

El reconocimiento de estas premisas conduce a que, en principio, para no quedar atrapados en falsas dicotomías, debe plantearse como *conditio sine qua non* el reconocimiento de unas heteroge-

neidades historiográficas obliteradas o desgraciadamente postergadas bajo la imagen de oposiciones simplistas. En este sentido, el impacto interdisciplinario y la supervivencia de los estudios sobre formas políticas en la historia del último cuarto del siglo XX, muestran ciertamente una poderosa vitalidad que ha detonado sobre todo en cinco planos: la discusión sobre la naturaleza de las formas del poder político en la historia occidental, la discusión sobre el sujeto de la historia, la identificación y el análisis de los atributos identitarios de esos mismos sujetos o actores, la no limitación al estudio sincrónico, y sobre todo, en la tendencia cada vez más evidente a otorgar en el estudio de las sociedades una supremacía del aspecto vincular sobre el descriptivo.<sup>28</sup>

<sup>28</sup> “Los actores no son comprensibles aisladamente, sino en relación con los demás actores circundantes. Sus actividades y sus acciones dependen del campo estratégico en el que se encuentran: del marco geográfico o social, de sus relaciones de oposición o de afinidad con otros actores, de su posibilidad de acceder o no, en una situación dada, a un tipo determinado de recursos —económicos, militares o políticos, por ejemplo—; de sus alianzas con grupos más vastos —regionales, nacionales o internacionales, etc. En muchísimos casos las actitudes de los actores no son sólo una consecuencia de su propia identidad, sino también del lugar que ocupan en un marco geográfico o político determinado. Habida cuenta de la importancia del localismo en el mundo hispánico, con frecuencia la afiliación política de un pueblo o de un clan familiar en el siglo XIX se explica por la pertenencia de sus adversarios tradicionales al grupo opuesto. [...] Y lo mismo ocurre con los clanes familiares: cuando una gran familia se incorpora a un partido o a un bando, su rival de siempre se adhiere al de sus adversarios”, en *ibid.*, p. 241.

## *Los giros en el enfoque: la novedad policéntrica*

Para Xavier Gil Pujol,

los progresos conseguidos [en historia política] se deben, ante todo, a la tendencia a poner de relieve la faceta política de fenómenos históricos habitualmente alejados de las preocupaciones de la historia política tradicional.<sup>29</sup>

Es esta otra de las facetas que caracterizan a la práctica de la historia política desde los años setenta. Aparte de los aspectos mencionados, se plantea un cambio de timón en la mirada del historiador, que se propone y consigue encontrar signos de vida política en ámbitos donde previamente no se pensaba que existieran, tratándose finalmente de hacer —más que una nueva historia política— una historia que otorga a ciertos fenómenos, un estatuto político allí donde no era del todo evidente. Esta ampliación del terreno considerado desde entonces como político —que reposa de manera sustantiva sobre los aportes de la antropología política tanto como de las pioneras obras de Marc Bloch y Ernst Kantorowicz<sup>30</sup> sobre el eje de la principal figura del sistema político feudal— desborda los límites que acotaban el espectro y, como consecuencia, ensancha la naturaleza de lo político cuantitativa pero, fundamentalmente, cualitativamente: el dominio de lo político en las sociedades preliberales es recuperado y

resignificado como múltiple y mucho más complejo. La propuesta de este ensanchamiento tuvo, por su parte, algunos críticos que explotaron irónicamente su sentido literal, tensando la cuerda al punto de cortarla: es el caso de algunos escritos de Peter Burke, para quien si la política pudiera encontrarse en todas partes, no existiría necesidad de una historia específicamente política ya que la historia, lisa y llana, sería política.<sup>31</sup>

Pero no solamente el segmento político sufrió críticas: también se cargaron las tintas sobre el término disciplinario: más radicales parecen ciertos párrafos escritos por Bartolomé Clavero,<sup>32</sup> para quien la historia no puede comprender el antiguo régimen. Llevando a su máxima expresión la vocación por el extrañamiento antropológico, su apuesta apunta hacia la negación de las capacidades comprensivas de una disciplina —la historia— que debiera dejar lugar, en el tema de una sociedad *tan otra* como la del antiguo régimen, a una antropología católica, mejor capacitada para reconocer la

radical alteridad y lejanía del mundo político del antiguo régimen, una alteridad inaprensible desde nuestro lenguaje y nuestro universo político contemporáneo [...] la propia historia como disciplina [...] apenas puede dar cuenta adecuada del mismo. No sería la historia, sino una antropología política y jurídica la única pertrechada para este cometido. Arrumbado el Estado moderno como falaz construcción

<sup>29</sup> Gil, "Historia", 1995, p. 195.

<sup>30</sup> Me refiero, claro está, a Bloch, *Reyes*, 1995, y Kantorowicz, *Dos*, 1985.

<sup>31</sup> Burke, "Obertura", 1993, pp. 11-37; *Perspectives*, 1991.

<sup>32</sup> Clavero, *Antidora*, 1991.

historiográfica, según se postula, desaparece con él la historia política de la edad moderna.<sup>33</sup>

Los trabajos de António Manuel Hespanha también resultaron fundamentales a la hora de otorgar nuevo estatuto a la relación entre el investigador contemporáneo (su forma de entender la política y lo político, sus modos de darse, entender y aplicar una juridicidad particular) y la sociedad del antiguo régimen. En *La gracia del derecho*, Hespanha apuntaba que el *big bang* de la historia política había originado una polvareda periférica e inefable. Dicha explosión afectó básicamente a su núcleo duro y central —el Estado y el derecho oficial— confirmándole

la vigencia de [otro] modelo, descentralizado y *habitual* (interiorizado) de los mecanismos del orden, tan próximo al imaginario sobre la sociedad y sobre los poderes que portugueses y españoles llevaban consigo al Extremo Oriente bajo la influencia de la teoría social y política de la segunda escolástica.<sup>34</sup>

Gil Pujol distingue, dentro de la mencionada polvareda, cuatro grupos temáticos que, vale decirlo, no coinciden con los rumbos que elige Hespanha: prefiere hablar de la historia de la familia, la historia política desde abajo, la política a través de los canales informales y de los revisionismos sobre las revoluciones inglesa y francesa.

Los estudios de la familia,

referentes a diversas funciones en el ámbito doméstico, iluminan de modo revelador las esferas y límites de acción respectivos del *pater familias* y del príncipe, y, por extensión, contribuyen en gran medida a la necesaria tarea de entender en sus justos términos las acciones y conflictos políticos característicos del antiguo régimen.<sup>35</sup>

La concepción de una historia política hecha “desde abajo”, forma parte de una tendencia más general, de la que ha dado debida cuenta la tradición anglosajona de la historia social: las propuestas de Eric Hobsbawm, Edward P. Thompson, el mismo Peter Burke o Natalie Zemon Davies son excelentes ejemplos de esta confluencia entre los diversos caminos diseñados por los historiadores desde diferentes orientaciones. El saldo provisorio de este recorrido indica que el ensanchamiento temático para la confección de historia política, es ya más que generoso.

Así, coincidiendo con Julliard, Le Goff y Guerra, esta línea parte de una “nueva manera de reconocer la insustituible intervención de la acción humana en la causación histórica”, cultivada básicamente por los representantes de la New Cultural History estadounidenses y británicos. También la microhistoria italiana ha estimulado y enriquecido a la historia política, sugiriendo la recuperación de los *instersticios*, márgenes de acción antes soslayados o quizás insos-

<sup>33</sup> Gil, “Historia”, 1995, p. 197.

<sup>34</sup> Hespanha, *Gracia*, 1993, p. 14.

<sup>35</sup> Gil, “Historia”, 1995, p. 198. Véanse también los trabajos de Gandoulphe, “Pouvoir”, 1997, pp. 195-212; Raggio, “Parentela”, 1997, pp. 31-39; Peña, “Familia”, 1997, pp. 415-432.

pechados. En lo que respecta al ámbito de estudios hispánicos, una mirada desde abajo —o desde perfiles laterales y hasta subalternos— al proceso de centralización del poder político durante la baja edad media, mostró las notables capacidades de acción de los grupos sociales locales e intermedios, matizando considerablemente su ubicación como meros agentes del denominado “poder central” por una historiografía que ya se proponía innovadora.<sup>36</sup>

En cuanto a este punto, las formas de poder político denominadas bajo el rótulo de Estado —adjetivado como absolutista y moderno—,<sup>37</sup> la crítica cobró fuerza a partir del desplazamiento en los estudios de los grandes objetos anónimos y abstractos hacia lo microsocioal y el factor personal.

Actualmente se insiste en este factor personal, tanto dentro como fuera de las instituciones. Patronazgo, clientelas, intermedios, clanes, grupos de elite, redes de influencia y todo un mundo de mediaciones e intereses personales entre gobernante

<sup>36</sup> Véanse las obras de Anderson, *Estado*, 1983, y Maravall, *Estado*, 1986. La puesta en cuestión de estos modelos fue particularmente fuerte entre los hispanistas. Véase Fernández, *Fragmentos*, 1992; De Dios, “Génesis”, 1985, pp. 11-46. Del mismo autor, *Gracia*, 1993; Clavero, “Monarquía”, 1996, pp. 15-38; Hespanha, *Vísperas*, 1990; Benigno, *Sombra*, 1994. Aunque para un periodo anterior, un esfuerzo teórico-camente muy diferente es el complejo trabajo de Monsalvo, “Poder”, 1986.

<sup>37</sup> Véanse las polémicas sostenidas a partir de Clavero, “Institución”, 1981, pp. 43-57; De Dios, “Estado”, 1988, pp. 389-408. Un desarrollo ulterior de la versión “dura” a favor del retraso en la cronología del Estado moderno en Clavero, “Debates”, 1993, pp. 199-209.

y gobernados, entre capital y territorios, atraen ahora la atención, completando o modificando el peso antes atribuido a los grandes organismos oficiales.<sup>38</sup>

El acento de la propuesta de Gil Puljol puede resumirse en este desplazamiento del *focus* que no crea nuevos temas, sino que aborda los temas convencionales desde una perspectiva que se distingue por su inclinación hacia los carriles antes considerados informales. Otros problemas y otras respuestas ofrecen los trabajos de José Javier Ruiz Ibáñez, quien comparte con el anterior algunas características de estas matrices y de estos supuestos. Su mensaje puede resumirse en la negativa a construir una historia específicamente política, frente a la mejor opción de abogar por la “restitución de lo político” a una historia que debe aportar al conocimiento de una sociedad en términos generales.<sup>39</sup> Dos estudiosos de la Universidad del País Vasco abordaban también la problemática social del antiguo régimen desde las perspectivas de las redes (Imízcoz Beunza) y desde un abordaje de la gramática protocolar (Angulo Morales).<sup>40</sup> Estas propuestas delatan que sus vías de análisis están inspiradas en el *social network analysis* (Imízcoz) y otro (Angulo) decididamente encaminado hacia la antropología política, analizando discursos específicos. La línea interpretativa sostenida por Jean-Frédéric Schaub, fuertemente tributario de las líneas de investigación propuestas por Bartolomé Clavero y An-

<sup>38</sup> Gil, “Historia”, 1995, p. 201.

<sup>39</sup> Ruiz, “Crisis”, 1995.

<sup>40</sup> Angulo, “Nire”, 1995, vol. II, pp. 159-172; Imízcoz, “Actores”, 1995, vol. II, pp. 341-353.



tónio Manuel Hespanha, se afirma como una de las propuestas más audaces relacionadas con la explosión del “núcleo duro” de la historia política, planteando ejes de reflexión que proponen descartar de plano al Estado como principal sujeto de ésta.<sup>41</sup> También tributario de la crítica hermenéutica y antropológica de Clavero, José Ángel Anchón Insausti se afirma en

*la impropiedad del uso del paradigma estatal para la historia europea hasta la época de las revoluciones. La llamada “edad moderna” —prosigue el historiador vasco— resulta mucho más comprensible si en lugar de querer ver en ella “Estados modernos”, centralización, administración central o espacios unificados, otorgamos un lugar primordial a conceptos tales como privilegio, jurisprudencia, derecho común, religión, casa, comunidad, concurrencia jurisdiccional, integración entre jurisdicción y territorio, confusión entre autoridad y propiedad o autosuficiencia política de los “cuerpos”.*<sup>42</sup>

Estas últimas formulaciones, en su radicalidad, tienen la virtud de reponer en el primer plano una sensibilidad histórica y hermenéutica. Todas las propuestas que contiene el itinerario realizado poseen sus aristas interesantes, aunque en diferentes niveles: este recorrido, ha mostrado posturas que intentan explicar o justificar el fenómeno de la cen-

tralidad recuperada para el estudio de lo político en la historia a partir del peso de la política en nuestras vidas hasta otras que, muy al contrario, ofrecen elementos para avalar una continuidad en el desarrollo de este tipo de estudios, no pudiéndose hablar de renacimiento alguno. En estas argumentaciones, puede identificarse desde posiciones que sancionan y confirman la autonomía relativa de lo político, hasta otras que tensan la paradoja al punto de ironizar que no habría una historia que no sea política. El horizonte de la historia total, abordada desde lo político, tampoco está ausente. Ciertas posiciones diagnostican que, hacia 1970, ha habido un cambio en el objeto —abordando ahora sus expresiones más materiales y más pequeñas antes que las grandes unidades abstractas— mientras que otras (las más), que coinciden en que el giro está en el cambio de la lente que, fijando la mirada en procesos políticos donde se suponía que no los había, recorre nuevamente objetos antes despreciados por este enfoque.

La introducción de lo serial y del análisis prosopográfico y la perspectiva de escalas —con su propuesta asociada de explotación intensiva de las fuentes que no necesariamente deben ofrecerse como series— son los puntos extremos en materia de esfuerzos metodológicos mientras que, en el campo de lo teórico, el recorrido de los últimos treinta años muestra el saludable momento de inflexión que significó la superación de la confusión entre teoría del Estado, teoría del poder y teoría política. Tal modulación puede verse materializada en los logros de una antropología política radical, tanto como en su expresión histórica, afirmada en la explosión del núcleo esta-

<sup>41</sup> Prochasson, “Vingt”, 1993; Schaub, “Histoire”, 1995. Una exposición más amplia de sus puntos de vista historiográficos en Schaub, “Estado”, 1993, pp. 225-241; más recientemente Schaub, “Temps”, 1996, pp. 127-181.

<sup>42</sup> Anchón Insausti, *Voz*, s.a., p. 16.



tal y estático de la historia política y su consecuente atomización significante en nuevos recorridos que asomaron detrás de la “polvareda”, ofreciendo algunas vías para volver a edificar el conjunto. De cuestiones de “vocabulario” a ejercicios metodológicos, más preocupados por la naturaleza del abordaje que de la característica o del nombre del objeto; de la reintroducción de la voluntad a la identificación del sujeto de esta voluntad, el recorrido es formidablemente rico y muy estimulante para la reflexión.<sup>43</sup>

*El (no) retorno, la (vieja) “novedad” y la antigenealogía de la historia política actual. La historia entre la antropología y la sociología*

Como se ha señalado, la cuestión del *retorno* estaba planteada entonces a comienzos de 1970.<sup>44</sup> Un acuerdo provisorio con esta fecha, conduce a una periodización en la cual —para el ámbito europeo—<sup>45</sup> y teniendo en cuenta el con-

senso universal acerca de su crisis en la década de 1930, dibuja un “bache” que podría ubicarse entre las tres décadas que se extienden entre 1930-1940 y 1970. Por otra parte, las múltiples formulaciones de “nuevas” historias —como se verá más adelante— también plantean problemas de periodización. En cambio, la formulación del *big bang* del núcleo duro de la historia política, más cercana a nuestros días, contribuye a despegar un poco de la falsa pista organizada solamente a partir de las otras dos opciones.

En principio, la diversidad de las vertientes de la novedad, está vinculada con el orden de las relaciones de la historia con otras ciencias sociales. Es justo reconocer que, hoy, este fenómeno ya no puede enunciarse como *nuevo*. Una contribución hoy clásica proviene de la antropología política y ya echaba los cimientos para esclarecer una confusión crónica: la teoría del Estado, decía Balandier hacia 1969, no puede ni debe confundirse con la teoría del poder.<sup>46</sup> El Estado es una forma histórica y particular del poder y, por lo tanto, una manera específica en la que el mismo se materializa.

Georges Balandier expresaba de manera preclara la ventaja de abordar lo político desde una perspectiva que, deliberadamente, no debía ser meramente antropológica:

El sector político es uno de los que más marcas de la historia llevan, uno de aque-

la cual se reconoce un predominio de la historia política tradicional hasta 1970. Véase, Lapa do Amaral, *História*, 1985; véase también el artículo de Falcón, “História”, 1997.

<sup>46</sup> Balandier, *Anthropologie*, 1997.

<sup>43</sup> Un estado de la cuestión sobre la historiografía rusa propone, en una síntesis formidable, una serie de problemas similares pero también vías de salida fundadas en una antropología histórica que apuesta fuerte por el examen histórico de las palabras y su relación con las representaciones culturales. Véase, Ingerflom, “Oublier”, 1993; existe una versión en español, revisada y ampliada por el autor, en *Prohistoria*, núm. 1, 1997, Rosario, pp. 47-58.

<sup>44</sup> También lo había señalado oportunamente Schaub, “Histoire”, 1995, p. 217, mencionando en primer lugar el artículo de Barret-Kriegel, “Histoire”, 1973, pp. 1437-1462.

<sup>45</sup> Que no coincidiría en absoluto por ejemplo con el desarrollo de la historiografía brasileña, para

llos en que mejor se captan las incompatibilidades, las contradicciones y tensiones inherentes a toda sociedad. En este sentido, un tal nivel de la realidad social tiene una importancia estratégica para una sociología y una antropología que quisieran estar abiertas a la historia, respetuosas con el dinamismo de las estructuras y tendidas a la captación de los fenómenos sociales totales.<sup>47</sup>

Julliard, por ejemplo —y desde un enfoque histórico, incluso de la *nueva historia*— incurría en su momento en un grave error al confundir el ámbito de lo político con el ámbito del Estado. Debiera ser del todo evidente para un historiador preocupado por los fenómenos políticos que es el estudio de lo político el que comprende el estudio del Estado y no a la inversa. La no existencia de regímenes burocráticos universales y del Estado nacional no implica la disolución de lo político, ni siquiera una subestimación del mismo asignándole un *peso específico* menor: por el contrario, lo político se encuentra más confundido en todos los actos de la vida social antes de la existencia del Estado nacional, cuya formación política específica importa un nivel de cesura entre esta forma y la sociedad que es difícilmente identificable en sociedades segmentarias, tribales o del antiguo régimen.

Un año antes de escribir “El historiador y el hombre cotidiano”, Jacques Le Goff hablaba ya de una “nueva historia política”, que “debe abandonar el viejo prejuicio de que sólo [...] faltando textos debe uno recurrir a la documentación

no escrita.”<sup>48</sup> Esta sugerencia se sustentaba aparentemente en las significaciones contenidas por los segmentos no textuales de las fuentes con las que se encuentra el “nuevo” historiador.<sup>49</sup>

No obstante el notable desarrollo que alcanzan aquellas propuestas presentadas bajo la forma de una discusión sobre la “nueva historia política”, la construcción del punto de vista que aquí se sostiene, indica que buena parte de la renovación de nuestra disciplina se origina en la práctica interdisciplinaria *de facto*, proceso que tuvo sus puntos a favor y que ha permitido señalar también, desde los más diversos puntos de vista, algunos saldos negativos. Hoy, con un criterio ligeramente diferente, se ha profundizado en una de las líneas más fuertes de aquel periodo de abundante contac-

<sup>48</sup> Le Goff, “Política”, 1985, p. 170.

<sup>49</sup> Pero las primeras elaboraciones explícitas y profundas de lo que significa un “sistema de símbolos” aparecerá con la redacción de *La naissance du purgatoire*, dando un giro que me interesa señalar —y que sin duda alguna marca fuertemente la producción posterior a los trabajos señalados como el “panóptico”— ya que es desde entonces que Le Goff vuelve a privilegiar los sistemas sobre los hombres. Existe un quiebre que permite ver que el historiador de las estructuras abandona lentamente el interés por los actores y por ciertas estructuras sociales que funcionaban como condicionantes materiales de estos actores, en favor de una dedicación cada vez más creciente a los sistemas simbólicos de representación, a las representaciones mentales, como conjuntos significantes convertidos en protagonistas, en entes que funcionan por los hombres pero también a pesar de ellos. Puesto en sus propias palabras: “si se acepta el método etnográfico, ello supone que un sistema simbólico puede funcionar con toda su eficacia sin toma de conciencia explícita”, en Le Goff, “Ritual”, p. 398.

<sup>47</sup> Balandier, “Réflexions”, 1964; Balandier, *Anthropologie*, 1997, p. 227.

to interdisciplinario —que no acaba— y se apoya sobre la idea de que fue de la mano del proceso que llamaremos de “antropologización de la historia” que se produjeron los mayores y más profundos cambios en los abordajes historiográficos de las últimas tres décadas y que, en lo que a la concepción de lo político por parte de los historiadores se refiere, la incidencia de este proceso fue de una importancia capital, introduciendo en este terreno algunos fenómenos que han sido caracterizados como universales.<sup>50</sup>

Durante la década de 1960, etnólogos y antropólogos serán los nuevos interlocutores privilegiados por historiadores europeos y norteamericanos. Esto puede leerse tanto en el incremento de temáticas consideradas antropológicas en tesis de historiadores como también —por ejemplo— en programas académicos o en los criterios clasificatorios de las bibliotecas.<sup>51</sup> He estudiado con cierto detenimiento el caso de la evolución de la obra de Jacques Le Goff, proponiendo la construcción de varias “edades medias” a lo largo de su recorrido.<sup>52</sup> La ventaja de ver este caso, es que resume en buena medida mucho del cambio de enfoque histórico bajo el impacto del intercambio con la antropología.

Desde finales de la década de 1960, Le Goff está señalando la conveniencia

de oír e intercambiar enfoques con los etnólogos. Aunque la formulación se hacía sin citas, el llamado refería inequívocamente a la etnología estructuralista francesa. En un artículo de 1971, donde también agita esta causa en favor del acercamiento entre historia y etnología, destacan claramente algunas herramientas de análisis que provienen de la etnología estructuralista.<sup>53</sup> Le Goff ofrecía la puesta en escena historiográfica de una temporalidad del problema del divorcio entre historia y etnología. Un distanciamiento de dos siglos que, dice, la Nueva Historia está echando abajo. Ésta, “después de haberse hecho sociológica, tiende a hacerse etnológica”,<sup>54</sup> con lo cual el historiador hace extensivo —con razón— a sus compañeros de ruta un recorrido que es inherente a su propia producción.<sup>55</sup>

<sup>53</sup> Casi siempre de la mano de los trabajos de Claude Lévi-Strauss y, menos frecuentemente, de las obras de Maurice Godelier y Georges Balandier.

<sup>54</sup> Le Goff, “Historiador”, 1985, p. 138. En francés *Mélanges Fernand Braudel*, Toulouse, 1972. Varias ediciones en español.

<sup>55</sup> Un recorrido similar puede leerse en los artículos compilados en Thompson, *Customs*, 1991. Para una bibliografía básica sobre el tema, véase Lévi-Strauss, “Historia”, 1968, pp. 1-26; Ruiz Martín, “Prólogo”, 1990, pp. 7-17; Dosse, “Antropología”, 1988, pp. 173-187; *L'histoire*, 1987; Lévi-Strauss, “Histoire”, 1983, pp. 1217-1231 (texto presentado en la Sorbona el 2 de junio de 1983 para la 5a. Conferencia Marc Bloch); Thomas, “Historia”, 1989, pp. 62-80; Thompson, “Folklore”, 1989, pp. 81-102; Radding, “Antropología”, 1989, pp. 103-113; Wickham “Comprender”, 1989, pp. 115-128; Burguière “Antropología”, 1984; Burke, *Formas*, 1993, pp. 11-37; New, 1991; Augé, *Antropología*, 1995, pp. 11-30; *Anthropologie*, 1994; Carbonell, “Antropología”, 1993, pp. 91-100;

<sup>50</sup> Por ejemplo el papel de lo ritual, lo ceremonial y lo reiterado, una concepción política de los lazos familiares y parentelares, las formas de jefatura, el clientelismo político, etcétera.

<sup>51</sup> Véase Wachtel y Valensi, “Anthropologie”, 1996, pp. 251 y ss.; Dogan y Pahre, *Nuevas*, 1993; *Innovation*, 1991.

<sup>52</sup> Barrera, “Edades”, mimeo., 1995.

Este golpe de timón hacia la vertiente antropológica encontraba terreno fértil en Le Goff, gracias quizás a su admiración por Michelet y la fuerte atracción que implicó para este historiador la larga duración. No obstante, en su trabajo logra exponer con detalle y claridad los alcances de un problema que exceden por mucho su propia perspectiva, dando cuentas de un momento general de la historiografía europea.<sup>56</sup> Tanto en "Tiempos breves..." como en "El historiador y el hombre cotidiano", Le Goff construye la legitimidad de su enfoque tanto en la instalación de una historicidad "ignorada" —una suerte de tradición— como en una fundamentación que estaría prefigurada por la naturaleza del objeto: "la edad media es esencialmente rural y el conjunto de su cultura implica un cierto rechazo de la historia situado empero en la historia", o bien "porque precisamente la edad media es sobre todo una civilización rural con predominio de los tiempos largos se la puede considerar en cierto modo como 'primitiva'"<sup>57</sup>. El vo-

cabulario que Le Goff utiliza desde sus primeros trabajos hasta comienzos de la década de los setenta es visiblemente tributario de la historia social según la tradición historiográfica surgida en torno a los trabajos de Ernst Labrousse. Pero a partir de entonces podemos ubicar un claro cambio en el repertorio de categorías que utiliza para pensar la edad media: "clases", "jerarquías", "conflicto", "dominación", "ideología", "estructuras", son vocablos que prácticamente hegemonizan los escritos de los primeros quince años, y que, alrededor del comienzo de la década de 1970 irán siendo combinados y hasta desplazados por los "psique", "salvaje", "primitivo", "folklore", "sueños colectivos", "utillaje mental", "imago", proceso que condice perfectamente con el incremento de atención a la larga duración. Entre 1970 y 1971 se publican cuatro trabajos en los que puede encontrarse esta pauta.<sup>58</sup> En ellos se ocupa de lleno de objetos más antropológicos o de objetos históricos más antropológicamente. Publicado por *Annales* en 1971, "Melusina maternal y roturadora" representa un estadio más pulido de este enfoque. Aparece la "representación" con los atributos de una historia cultural de lo social y no una historia social de la cultura. Pero la pregunta capital es: "¿qué hace descubrir

Darnton "Historia", 1995, pp. 99-117; Gellner, *Patronos*, 1985, pp. 9-16, y *Antropología*, 1997; *Anthropology*, 1995; Wachtel y Valensi, "Anthropologie", 1996.

<sup>56</sup> "La historia puede y debe ser ciencia tanto de lo que perdura como de lo que cambia, de las estructuras como de los acontecimientos (pero) lo cierto es que la historia se interesa más por las evoluciones que por las permanencias, aunque según las épocas y los tipos de sociedades la historia puede verse llevada a asignar una importancia mayor o menor a los tiempos largos, que son los de las permanencias y que acercan o alejan a la historia de otras ciencias vecinas [...] por ejemplo la etnografía o el folklore", en Le Goff, "Tiempos", 1985 pp. 151-152.

<sup>57</sup> *Ibid.*, pp. 152 y 154.

<sup>58</sup> Se trata de "El Occidente medieval y el océano Índico: un horizonte onírico" (1970), "Cultura eclesiástica y cultura folklórica en la edad media: san Marcelo de París y el dragón" (1970), "Los sueños en la cultura y la psicología colectiva del Occidente medieval" (1971), y "Melusina maternal y roturadora" (1971), todos artículos de Le Goff incluidos en Varios autores, *Tiempo*, 1970, los tres primeros editados originalmente en Italia —sólo "Melusina" fue publicado por *Annales*.

la mirada etnológica al historiador en su propio dominio?": entre las respuestas más importantes, podemos anotar la modificación de las perspectivas cronológicas de la historia, la diferenciación de los tiempos, la complejización de estructuras obliteradas y de la dinámica social y la revisión de una documentación diferente a la acostumbrada. A estos utensilios, a estos nuevos materiales, Le Goff asocia también aquellos provenientes de la iconografía, que resultarán la fuente de inspiración principal a la hora de perfilar los gestos como espacio de lectura de la época. Nuestro autor entiende que esto, más la consideración de los elementos cotidianos, las cosas fútiles y la historia oral, provienen, en conjunto, de la consideración de la mirada etnológica.

Existen algunas señales que sugieren que, como se planteaba, el problema excede a la obra de un historiador. En una conferencia organizada en 1970 por la revista británica *Past and Present*, Lawrence Stone advertía el regreso de "la narración histórica prevaleciendo sobre la explicación", afirmando que la antropología

nos ha enseñado cómo todo un sistema social y un conjunto de valores pueden ser iluminados brillantemente por el método reflector de anotar en detalle un hecho singular teniendo en cuenta que esté ubicado cuidadosamente en el contexto total y muy cuidadosamente analizado por su significado cultural.<sup>59</sup>

Una década más tarde, el debate en torno a la microhistoria avivaba y confirmaba la centralidad de estas cuestiones

<sup>59</sup> Stone, "Renacimiento", 1984, p. 93.

en el marco del proceso de cambio de la historiografía europea, que hemos abordado en otro trabajo.<sup>60</sup>

Se impone recordar aquí, aunque rápidamente, el impacto de la sociología, concretamente del estudio de redes. Esta vertiente teórica, que tiene sus orígenes en el desarrollo del *social network analysis* de la década a partir de 1970,<sup>61</sup> marcó la tónica de los estudios fundamentalmente consagrados a las *relaciones* y la operación de sus reticulaciones en el seno de pequeños recortes de la sociedad contemporánea. La historia abrevó de esta línea cuando la misma se reveló especialmente fructífera al ser aplicada en torno al papel que detentan los vínculos primarios (parentesco, amistad, paisanaje) en el juego de las relaciones sociales —políticas incluidas— involucrados en aquéllos.

En este sentido los historiadores de sociedades "del antiguo régimen" encontraron una línea de inspiración teórica y metodológica que fue juzgada y sigue siendo considerada en buena medida como fructífera.<sup>62</sup> Esta manera "socioló-

<sup>60</sup> Barrera, "Babas", 1999, pp. 177-186.

<sup>61</sup> Véanse los clásicos trabajos de sociología editados entonces por el noruego Frederik Barth, Elisabeth Bott y el holandés Jeremy Boissevain.

<sup>62</sup> "En la sociedad del antiguo régimen el vínculo social, los diversos vínculos sociales, tenían una entidad y, en cuanto tales, eran estructuras sociales reales. Dichos vínculos comportaban unas reglas y unas prácticas específicas, vertebraban a gente en funcionamientos colectivos determinados, de tal modo que una sociedad sí tenía un sistema de relaciones propio o con características propias... El entramado social del antiguo régimen era un conjunto muy plural y complejo de cuerpos sociales o comunidades y de vínculos personales y redes sociales", en Imízcoz Beunza, "Comunidad", 1996.

gica" de enfocar a la sociedad a partir de un desplazamiento del *focus* hacia el vínculo se constituyó en uno de los motores más productivos en la producción abocada a la historia de las prácticas políticas en el antiguo régimen. Estas sociedades se encontraban organizadas en un orden político plural, caracterizado por poderes plurales y policéntricos —caracterización a la que se arriba, de una parte, por la agudización de los análisis políticos a los que ya se hizo referencia. La incorporación de estos cuerpos con régimen propio en el seno de comunidades políticas más amplias dependía en gran parte de las redes de vinculaciones de sus elites, por lo que estas comunidades no eran estáticas: sus actores producían y ejecutaban estrategias que permitían la adaptación a contextos cambiantes. Hombres y mujeres se encontraban adscritos por vínculos de pertenencia a formaciones colectivas de diversa índole. La idea de grupo surge por la existencia de nexos permanentes de un tipo particular, con formas propias de autoridad, reglas de funcionamiento internas, lugares y formas de sociabilidad y comportamiento reglados por la costumbre. Según este encuadre, la definición de estos nexos y cuerpo de reglas no depende de la voluntad de los hombres, ya que no son nexos elegidos y resultan del nacimiento en un grupo determinado. Así, no existe opción frente a una estructura y modalidades de pertenencia que están fijados previamente por la costumbre o por la ley. El imaginario relacionado con este tipo de grupos se centra en valores como la fidelidad, la lealtad, el honor, los cuales tienden a la preservación y reproducción del mis-

mo. Como vemos, la propuesta metodológica de Guerra encuentra en esta línea teórica algunos elementos que pueden funcionar como instrumentos de primer orden, restituyendo la posibilidad de pensar dialécticamente vínculo y sistema.

Desde una postura crítica a estos planteamientos y también a ciertos enunciados sobre el modelo configuracional, Zacarías Moutoukias —quien ha estudiado estas problemáticas para el Buenos Aires de los siglos XVII y XVIII— ofreció en su momento definiciones que permiten realizar otro giro, una vuelta más sobre el modo de analizar vínculos, relaciones sociales y márgenes de acción:

Se trata de una definición de los actores, dentro de los cuales las relaciones sociales tienen un papel preciso y predefinido. Al poner el acento en los aspectos más ritualizados de las configuraciones en realidad se excluye la observación directa de dichos vínculos, en particular de aquellos que atraviesan las categorías con las cuales los actores piensan la estratificación. Sobre todo se excluyen del análisis los márgenes de libertad e incertidumbre dentro de los cuales los agentes pueden manipular las normas y las representaciones reactualizándolas, tanto en sus prácticas cotidianas como en los conflictos propios a un conjunto social. Además, subestimando el conflicto y la negociación, se presentan como dadas pautas de comportamiento que son el resultado final y forzosamente contingente de tensiones. Es en esos márgenes donde las relaciones de conflicto y cooperación pueden transformar la estructura de las configuraciones.<sup>63</sup>

<sup>63</sup> Moutoukias, "Narración", 1995.



En esta perspectiva, los lazos personales tales como la familia y el parentesco, la amistad y el paisanaje, el patronazgo y la clientela, tenían un peso decisivo como factor de estructuración, constituyendo redes sociales que si bien no tenían el grado de formalización necesaria para transformarse en un cuerpo o comunidad, eran un factor clave en la vertebración social. El estudio de redes o de configuraciones es un elemento de peso en este proceso por el cual los antiguos sujetos abstractos y monolíticos fueron desplazados como centro de las preocupaciones por análisis que invirtieron el orden de las prioridades, construyendo desde lo vincular para discutir o validar enunciados generales sobre regímenes o sistemas. Pero lo que realmente propone Moutoukias es “desacralizar” los aspectos fijos y poner de relieve las dinámicas, lo que, es justo decirlo, no todos los cultores de los estudios vinculares logran fácilmente.

### *Balance provisorio*

Se sugieren aquí algunos puntos desde los cuales se podrá volver a discutir colectivamente estas cuestiones, proponiendo:

1. Que la noción de *retorno* de la historia política debiera replantearse, retomando aquellas propuestas que indican que no se trata de una vuelta sino de una recuperación de la centralidad de la esfera política o, más genéricamente, del ámbito de “lo político” en la historia, ya que nunca ha dejado de hacerse historia política. La historia política que hoy se hace no comparte con la historia política *histórica* ni los objetos, ni

la metodología, ni los fundamentos teóricos. Tanto la noción de *retorno* (volver al lugar) como la de *renacimiento* (volver a nacer) no dan cuenta de los supuestos desde donde hoy se aborda la problemática política en la historia, sino que aportan confusión y no representan un esfuerzo por distinguir con claridad la multiplicidad de los enfoques actuales. En cuanto a la metáfora del *big bang*, tiene la ventaja de considerar una acumulación previa de *energía* y un agotamiento del proceso que —bajo la forma también metafórica de la explosión— es múltiple y creador.

2. Que tras la caída de la hegemonía historicista y el ascenso de las propuestas *annalistes* subyacen una serie de líneas de trabajo que permanecen en la opacidad; el rescate y nuevo examen de estas vertientes (muchas veces identificadas acriticamente con *Annales*) aparece como una de las principales tareas para recuperar la idea de heterogeneidad en la anti-genealogía de los estudios históricos sobre la política y lo político. Lo que conviene explicar son las distintas formas en que se han abordado, tras la caída de la hegemonía historicista, al menos tres objetos que tienen dimensiones de análisis diferentes y diferenciables: la política, el poder y el Estado. En este sentido son centrales las observaciones realizadas por Julián Casanova, que incluyen hasta aquellas proposiciones de una historia social que se pretendía tal a condición de la exclusión de lo político.<sup>64</sup>

<sup>64</sup> Casanova, *Historia*, 1991, pp. 18 y ss., señalando no solamente que no hubo un solo quiebre tras la hegemonía historicista sino que ésta había sido discutida —con menor éxito que por los *Annales*— desde mediados del siglo XIX, en relación



Este fenómeno, por lo demás, no implicó la desaparición lisa y llana de la historia política (visión muy pegada a la perspectiva *annaliste* que, afortunadamente, muchos colegas no comparten). Sostener ese supuesto, impide evaluar e identificar la posibilidad del establecimiento de una cronología múltiple y tributaria de lo heterogéneo (rizomática), en lugar de otra sencilla, lineal y monorreferencial (genealógica).

3. Que en lugar de un retorno ha habido un proceso muy largo y muy fuerte de cambio en materia de abordaje de lo político en la historia social, cuyo carácter es policéntrico—desde lo disciplinar, desde la procedencia geográfica y académica de los centros— y que a partir de 1960 el cambio provino de ámbitos que incluso no comulgan entre sí. A guisa de ejemplo se pueden enumerar: la aplicación de estudios prosopográficos a grupos de poder, la antropología estructuralista francesa, la antropología simbólica británica y estadounidense,

con los trabajos de Marx, Comte y Saint-Simon. “No eran sólo marxistas o demócratas radicales, sin embargo, los que oponían resistencia a la historiografía dominante. También entre los historiadores académicos se desarrolló una rica literatura de historia económica y social, donde supieron captar, dentro del modelo tradicional orientado por el Estado como sujeto, las relaciones entre la sociedad, el Estado y la economía”, p. 21, las referencias corresponden a las obras de Hintze, Burckhardt y sobre todo Lamprecht, las propuestas de Robinson, 1912, Henri Berr, y un grupo de publicaciones (una alemana, otra francesa y otra polaca) donde antes de 1929 se relacionaban los vocablos económica y social adjetivando a la historia. La referencia a la exclusión de lo político va de Trevelyan, *English Social History*, 1944, a las propuestas de los segundos *Annales*.

la historia del derecho desde la perspectiva de los constitucionalistas, los estudios sobre clientelismo político desde la antropología social, la antropología católica propuesta por Bartolomé Clavero, el deconstructivismo, la antropología posmoderna, el enfoque microhistórico, el materialismo histórico, la sociología neweberiana, las reinterpretaciones desde la teoría de la acción y los estudios de historia cultural aplicados a lo político.

Esto nos apoya para afirmar la inconveniencia de homogeneizar esta pluralidad de vertientes bajo un mismo rótulo que se adapta bastante mal a tremenda variedad.

Diremos entonces que la política,<sup>65</sup> la teoría del poder, las teorías del Estado, “lo político”<sup>66</sup> y las nuevas interpretaciones de los fenómenos administrativos como prácticas políticas,<sup>67</sup> muestran una diversidad de rostros que la historia po-

<sup>65</sup> Para el marco de referencia de la EHESS —y en buena medida constituye un enfoque crítico— Rosanvallon, “Politique”, 1996, pp. 299-311. Aunque reunidos en torno a una discusión puntual, los textos reunidos por Boureau, *Cahiers*, 1998, tienen la virtud de mostrar una heterogeneidad y actualidad que da cuentas de la complejidad cobrada por la cuestión hoy día.

<sup>66</sup> Una postura crítica respecto de los abordajes desde la antropología política, que no hemos analizado en este trabajo, en Abélès y Jeudy, *Anthropologie*, 1997 en particular Jeudy, “Anthropologie”, pp. 233-245.

<sup>67</sup> Véanse aquí al menos dos de los excelentes trabajos de Herzog, *Administración*, 1995, y “Empresa”, 1996, pp. 381-396. La obra de Hespanha, *Vísperas*, 1990 es paradigmática en este sentido. La mención de Schaub tiene como referencia su tesis doctoral —inédita—, véase también la obra colectiva Descimon, Schaub, y Vincent, *Figures*, 1997.

lítica histórica —léase historicista— jamás había enseñado. Esta historia es cada vez más social y cada vez más total; intenta mostrar el rostro cotidiano y estructural de la política entendida como *locus* y como a arena de negociaciones, como estructura y como práctica estructurante en donde pueden leerse de una manera privilegiada las relaciones sociales reales, objeto preeminente de una historia sin más.

4. Que, por tanto, la convergencia de estas propuestas en la denominada “nueva historia política” se corresponde menos con la procedencia de un tronco teórico común que con una coincidencia de intereses en la modificación de los enfoques, motivados por el agotamiento de un modelo que —a diferencia de lo que hasta hoy aparece como aceptado— no fue vertiginosamente reemplazado ni ha desaparecido completamente.

5. Que se trata de un campo fecundo para el debate teórico, básicamente orientado hacia la clarificación de las relaciones entre la teoría del Estado, la teoría del poder y la teoría política. Coincidiendo con algunos de los autores aquí referidos, nosotros preferiremos hablar no de historia política sino de una historia social con lo político restituido, con sujetos sociales reales y privilegiando a todo precio el nivel de las relaciones entre estos sujetos como papel preponderante a la hora de caracterizar el conjunto social. Lo político restituido desde lo cotidiano y desde las instituciones; lo político puesto en escena por una concepción del objeto que no confunde las estructuras administrativas con el poder, sino que trata a aquéllas como una de las instancias en donde *los poderes* se disputan.

La condición para considerar el ámbito de la política y de lo político como relativamente autónomos pasa, paradójicamente, por jamás olvidar su carácter de relación social y su interdependencia respecto a los otros niveles de la realidad social. Los temas que hoy aborda el historiador de lo político son ya definitivamente interdisciplinarios y nos vemos obligados (y a gusto) a estar atentos haciendo interdisciplina desde nuestro enfoque histórico, único modo de hacer historia —ya que parece no haber nada más antihistórico que la negación de un proceso consumado. Las ciencias sociales comparten un objeto y una circunstancia común y los múltiples desarrollos tanto de las disciplinas como de los laboratorios y abordajes interdisciplinarios no hacen más que enriquecer el cuestionario del historiador y de las ciencias del presente. Consecuentemente, los resultados obtenidos —en la medida que seamos siempre muy autorreflexivos frente a la temporalidad— serán mejores.

Los cuestionarios deben ser elaborados bajo una estricta vigilancia semántica, ejercitando un duro examen histórico sobre nuestras herramientas teóricas y metodológicas que deberán guardar una triple relación de pertinencia: en relación con el objeto escogido, con las reglas del oficio y con las coordenadas del presente.

De vuelta a nuestro objeto específico, no sólo será importante para el desarrollo de la disciplina poner de relieve la faceta política de fenómenos históricos habitualmente no considerados como tales. El proceso que ha dado un nuevo contenido a la política y lo político, examinando algunos fenómenos “iguales” bajo una visión “diferente”, podrá conti-

nuar expandiéndose y enriqueciendo nuestra comprensión del mundo en la medida en que abandonemos definitivamente los prejuicios de la centralidad (en un sentido amplio) y exploremos a fondo el nivel relacional, cuya potencialidad no ha tocado su techo.

## HACIA UNA HISTORIA POLÍTICA CONFIGURACIONAL

Como se ha visto, el proceso de la discusión está lejos de cerrarse en la crítica a la historia política histórica realizada por la corriente de los *Annales*: el aporte de la sociología de redes, de la sociología configuracional y la reflexión teórica sobre el *vínculo*, sobre todo en su vertiente italiana,<sup>68</sup> más la consideración en clave social de las propuestas de la denominada Escuela de Edimburgo,<sup>69</sup> forman parte de un nuevo pliegue en el proceso crítico del estudio de las formaciones sociales, desde los cuales se abren posibilidades teóricas y metodológicas para el estudio de la acción en el estudio de la historia, que permiten diseñar perspectivas de abordaje que impactan fuertemente sobre la concepción de los vínculos sociales y su relación con la acción política en los estudios históricos.

Tal como lo planteara oportunamente Maurizio Gribaudi, ya para la discusión

acerca de las escalas en la historia, ya para una discusión sobre la naturaleza del conocimiento social, el pleito debe orientarse hacia “la formalización causal de los fenómenos sociales y de las evoluciones históricas. [Lo cual] no implica necesariamente objetos y niveles de análisis diferentes”.<sup>70</sup>

Las diferencias entre estos niveles se encuentran más en el plano de las justificaciones empíricas y retóricas que en la naturaleza del objeto de estudio. De esta manera, como se proponía en nuestro trabajo citado anteriormente, la “solución microhistórica” no funciona como tal: si lo que se pretende es abogar por enfoques y metodologías que permitan acceder a los nudos vivos de la historia, la reducción de escala es sólo un recurso entre tantos otros. Una historia política que se pretenda configuracional, debe apostar por una interpretación que, a la vez, se encuentre profundamente comprometida tanto con una concepción material de la política (como el ámbito por excelencia en donde se decide y se opera sobre la distribución de los recursos sociales) como con una concepción radical del peso de la interacción humana en la construcción de la historia. “Si la causalidad se certifica al interior de cada contexto particular, las formas y los comportamientos sociales se *engendran* concretamente a partir de las dinámicas de interacción de los individuos.”<sup>71</sup>

No se trata de un “individualismo” revisado sino, por el contrario, de ubicar el foco en el ojo de la tormenta: las capa-

<sup>68</sup> Desde lo epistemológico, véase Ceruti, *Vincolo*, 1986; véanse también los trabajos de Gribaudi, *Espaces*, 1998, y su artículo “Échelle”, 1996.

<sup>69</sup> Me refiero aquí a los aportes de sociólogos de la ciencia como Bruno Latour, John Law, Michael Mulkay o K. Knorr-Cetina. Véase la síntesis de Knorr-Cetina y Mulkay, *Science*, 1983; Latour, *Science*, 1987.

<sup>70</sup> Gribaudi, “Échelle”, 1996, p. 113.

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 122. Las cursivas son mías.

ciudades de interpretación, construcción y hasta de sostenimiento de ambivalencias frente a las situaciones más cotidianas o más implicadas en la tradición, son fruto de la *negociación* o, por ponerlo en una forma más genérica, de la *interacción* entre los actores sociales.

En el estudio de las sociedades del antiguo régimen existen ciertos tópicos que no por ciertos deben ser abandonados a su suerte: al contrario, su modelo político caracterizado por poderes plurales y policéntricos,<sup>72</sup> la preponderancia de la noción de *comunidad* sobre la de Estado, el enorme peso de las vinculaciones interpersonales —sea en el nivel de las elites o en los escalones más bajos de la sociedad—, el peso de los vínculos de pertenencia, la preeminencia del grupo sobre la persona, basada en la existencia de nexos permanentes de un tipo particular, con formas propias de autoridad, reglas de funcionamiento internas, lugares y formas de sociabilidad y comportamiento reglados por la costumbre, son las mejores razones para revisar la concepción que yace en el fondo del análisis histórico.

El resultado final depende siempre del punto de vista que se adopte: si concedemos todo el peso a la normativa —incluso a la no escrita— o, genéricamente, a las “estructuras sociales” como un ente preexistente e incólume, no tendremos otra opción que aceptar el resultado final de una sociedad más o menos inmóvil. Dentro de esta tónica, la consideración de los intersticios o *márgenes de acción* para las personas, no hace más que ablandar un poco el modelo.

<sup>72</sup> Imízcoz Beunza, “Comunidad”, 1996.

Si admitimos que en la sociedad de antiguo régimen las *relaciones* tenían un peso decisivo como factor de estructuración, y que son éstas las que constituyen a las redes sociales, nos encaminamos hacia una conceptualización completamente distinta a la anterior: “contexto” y “configuración” son menos marcos de referencia que resultados, menos cortes específicos que constelaciones móviles. La apuesta por el estudio radical del vínculo lleva, como primera medida, a abandonar la sensación de seguridad y tranquilidad epistémica brindada por las estructuras y los contextos estáticos. Lo que viene a instalarse en su lugar es la idea de *incertidumbre* y el manejo de la *posibilidad*.

Pero esto no se agota tampoco en la crítica al viejo modelo: incluso, exige plantearse reflexivamente las consecuencias de una postura tal sobre el punto de vista adoptado. ¿Qué sucederá entonces ahora con nuestra propia *actitud* frente a los *comportamientos excepcionales*? Es un lugar común dentro de la historiografía de la familia y de las relaciones políticas del antiguo régimen que tanto los vínculos familiares como los clientelares comportan una alta dosis de lealtad, en el marco de una economía de los favores que indica —bajo la sombra del *honor* como categoría importantísima— que la tendencia general apunta al cumplimiento de los compromisos adquiridos. Pues bien: los casos excepcionales sirven, o bien para confirmar la regla, o bien para reconsiderarla. Y nosotros nos inclinamos por una tercera opción: desplazar la categoría de lo “excepcional” por aquella de “lo posible”.

En efecto, el par “norma/excepción” supone la existencia de conjuntos —en

sentido amplio— cuya firmeza y consistencia no dejan otra opción que el adentro o el afuera. En este plan, las ideas de “vacío” o de “ambigüedad”, tanto como la de “ectopía” —estar “fuera de lugar”, pero no necesariamente afuera del conjunto— no tienen cabida. Por lo demás, lo “excepcional” y lo “normal” remiten directamente a pensar en aquello que es “representativo” y lo que no lo es... Pero la naturaleza de la *excepción normal* ha sido ya largamente discutida y no goza de la misma salud que hace algunos años. Para poder reconsiderar la norma, resulta imprescindible revisar los materiales sobre los cuales la norma está elaborada. Y sobre todo, cambiar de actitud: la convicción constructivista no prescinde de la norma, pero de ninguna manera se contenta con ella. Se impone revisar nuestra noción en lo que a la naturaleza teórica del vínculo se refiere y, desde la heterogeneidad de los casos, sostener que las “desviaciones a la norma” no son meras excepciones: el universo de lo posible, derivado del protagonismo de los actores, desborda ambas categorías.

En este sentido, si la norma de la antropología del antiguo régimen indica que los *vínculos* son la materia prima de un tipo de relación derivada —la lealtad—, lo que se impone es revisar nuestra concepción en lo que a la naturaleza teórica del vínculo se refiere. Esto se torna particularmente claro si retomamos algunas reflexiones teóricas. *Vínculo y posibilidad* juegan, en el esquema teórico del investigador, dentro de una relación jerárquica: el vínculo puede ser considerado como estructurante del es-

quema de posibilidades dentro del cual los acontecimientos y los comportamientos se producen. Ahora bien ¿qué significado tiene aceptar este esquema?, ¿no se acepta así, simplemente, que los acontecimientos, una vez obtenidos los datos referentes a los vínculos primarios, serían de alguna manera previsibles? Introducir la posibilidad como variable en escala histórica implica hacerse cargo de que los vínculos, como hemos visto en la relación estudiada, cambian, y mucho.

En el panorama presentado por estos cambios, la posibilidad puede verse modificada por la transformación de los vínculos. Pero, y esto es lo interesante, es la contingencia de la posibilidad —léase el desplazamiento y emplazamiento de *las posiciones relativas* de los agentes en el proceso, generalmente reconsiderada a partir de una evaluación de los recursos (bienes, distinciones o habilidades sociales) acumulados— lo que pudo haber jugado un papel decisivo en el curso que finalmente derivó en la transformación del vínculo. Atravesando todo proceso, y como objeto imprescindible de cualquier estudio, se instalan entonces —para algunos, quizás como una novedad o un desafío— la sospecha, la incertidumbre, la capacidad de acción y la movilidad. En el centro, aparece situado el fenómeno social de la negociación. La intención, claro está, no es la voluntad posmoderna de abandonar toda certeza: muy al contrario, es asumir la certeza imprescindible de que a una realidad —pasada o presente— presentada como un “dato dado”, siempre puede plantearse otra alternativa.

## BIBLIOGRAFÍA

-Abélès, Marc y Henri-Pierre Jeudy (coords.), *Anthropologie du politique*, Armand Colin, París, 1997.

-Anderson, Perry, *El Estado absolutista*, Siglo XXI, 5a. ed., Madrid, 1983.

-Andrés Gallego, José (coord.), *New History, Nouvelle Histoire: Hacia una Nueva Historia*, trad. de José Andrés Gallego e Ignacio Olabarri Gortázar, Actas, Madrid, 1993.

-Anchón Insausti, José Ángel, *A voz de consejo. Linaje y corporación urbana en la constitución de la Provincia de Gipuzkoa: los Báñez y Mondragón, siglos XIII-XVI*, Gipuzkoa, s.a., p. 16.

-Angulo Morales, Alberto, "Nire Jaun eta Jabea". La expresión de las formas protocolarias en la correspondencia epistolar del setecientos en Barros, *Historia*, 1995, vol. II, pp. 159-172.

-Augé, Marc, *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*, trad. Alberto Luis Bixio, Gedisa, Barcelona, 1995.

———, *Pour une anthropologie des mondes contemporains*, Aubier, París, 1994.

-Balandier, Georges, *Anthropologie politique*, Presses Universitaires de France, 2a. ed., París, 1997 [1a. ed., 1969].

———, "Réflexions sur le fait politique: le cas des sociétés africaines", *Cahiers internationaux de sociologie*, núm. XXXVII, 1964.

-Balmand, Pascal, "Le renouveau de l'histoire politique" en Bourdieu y Martin, *Écoles*, 1997.

-Barret-Kriegel, B., "Histoire et politique ou histoire, science des effets", *Annales ESC*, núm. 6, 1973.

-Barriera, Darío, "Las babas de la microhistoria. Del mundo seguro al universo de lo posible", *Prohistoria*, vol. III, núm. 3, 1999, Rosario.

———, "El 'retorno de la historia política': una formulación desafortunada", comuni-

cación presentada en el seminario permanente Historia a Debate, Santiago de Compostela, sesión del 11 de marzo de 1999.

———, "Las edades medias de Jacques Le Goff: el proceso de antropologización de la historia", mimeo, 1995.

-Barros, Carlos (coord.), *Historia a Debate*, HD, Santiago de Compostela, Coruña, 1995.

-Benigno, Francesco, *La sombra del rey. Validos y lucha política en la España del siglo XVII*, Alianza, Madrid, 1994 [*L'ombra del re. Ministri e lotta politica nella Spagna del Setecento*, Marsilio Editori, Venecia, 1992].

-Bloch, Marc, *Los reyes taumaturgos*, trad. de Marcos Lara, FCE, México, 1995.

———, *Les rois thaumaturges*, Librairie Istra, Strasbourg, 1924.

-Boureau, Alain (coord.), *Cahiers du Centre de Recherches Historiques. Miroirs de la Raison d'État*, París, 1998.

-Bourdieu, Guy y Hervé Martin, *Les écoles historiques*, Seuil, París, 1997.

-Braudel, Fernand, *Écrits sur l'histoire*, Flammarion, París, 1969.

———, "La longue durée" en *Écrits sur l'histoire*, Flammarion, París, 1969.

-Burguière, André, "La antropología histórica" en *Diccionario de la nueva historia*, Mensajero, Barcelona, 1984.

-Burke, Peter (coord.), *Formas de hacer historia*, trad. de José Luis Gil Aristu, Alianza, Madrid, 1993.

———, *New Perspectives on Historical Writing*, Polity Press, Cambridge, 1991.

———, "Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro" en Peter Burke, *Formas*, 1993.

-Carbonell, Charles-Olivier, "Antropología, etnología e historia: la tercera generación en Francia" en Andrés Gallego, *New*, 1993.

-Cardoso, Ciro F. y Ronaldo Vainfas, *Domínios da História*, Campus, 4a. ed., Río de Janeiro, 1997.

- Casanova, Julián, *La historia social y los historiadores*, Crítica, Barcelona, 1991.
- Casey, James y Juan Hernández Franco, (coords.), *Familia, parentesco y linaje*, Universidad de Murcia, Murcia, 1997 (Seminario Familia y Elite de Poder en el Reino de Murcia, Siglos XIV-XIX).
- Ceruti, Mauro, *Il vincolo e la possibilità*, Feltrinelli, Milán, 1986.
- Clavero, Bartolomé, *Antidora. Antropología católica de la economía moderna*, Giuffré Editore, Milán, 1991, 259 pp.
- , "La monarquía, el derecho y la justicia" en Martínez Ruiz y Pazzis Pi, *Las jurisdicciones*, 1996.
- , "Institución política y derecho: acerca del concepto historiográfico de 'Estado moderno'", *Revista de Estudios Políticos*, núm. 19, 1981, pp. 43-57.
- , "Debates historiográficos en la historia de las instituciones políticas", en varios autores, *Problemas*, 1993, pp. 199-209.
- Darnton, Robert, "Historia y antropología" en Hourcade, Godoy y Botalla, *Luz*, 1995, pp. 99 a 117 [publicado en inglés en *The Journal of Modern History*, núm. 58, 1986, pp. 218-234].
- De Dios, Salustiano, *Gracia, merced y patronazgo real. La Cámara de Castilla entre 1474 y 1530*, CEC, Madrid, 1993.
- , "El Estado moderno, ¿un cadáver historiográfico?" en Adeline Rouquoi, *Realidad e imágenes de poder. España a fines de la edad media*, Ámbito, Valladolid, 1988, pp. 389-408.
- , "Sobre la génesis y los caracteres del Estado absolutista en Castilla", *Studia Histórica, Historia Moderna*, vol. III, núm. 3, 1985, pp. 11-46.
- Descimon, Robert, Jean-Frédéric Schaub y Bernard Vincent, *Les Figures de l'administrateur. Institutions, réseaux, pouvoirs en Espagne, en France et au Portugal. 16è-19è siècle*, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, París, 1997.
- Dogan, Matei y Robert Pahre, *Las nuevas ciencias sociales. La marginalidad creadora*, Grijalbo, México, 1993.
- , *L'innovation dans les sciences sociales. La marginalité créatrice*, Presses Universitaires de France, París, 1991.
- Dosse, François, *L'histoire en miettes*, La Découverte, París, 1987.
- , "La antropología histórica" en *La historia en migajas*, trad. Francesc Morató i Pastor, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1988.
- Dumont, Louis, *Homo Aequalis*, Gallimard, París, 1977 [en inglés *From Mandeville to Marx*].
- , *Homo Hierarchicus. Le système des castes et ses implications*, Gallimard, París, 1966.
- Elias, Norbert, *Los alemanes*, Instituto Mora, México, 1999 [1a. ed. en alemán, Verlag, 1994].
- Falcón, Francisco "História e poder" en Cardoso y Vainfas, *Domínios*, 1997.
- Fernández Albaladejo, Pablo, *Fragments de monarquía*, Alianza, Madrid, 1992.
- , *Gracia, merced y patronazgo real. La cámara de Castilla entre 1474 y 1530*, CEC, Madrid, 1993.
- Gandoulphe, Pascal, "Pouvoir politique et clientèles familiales. Une réflexion méthodologique et quelques exemples. Les agents de l'appareil d'État dans le royaume de Valencia (1556-1626)" en Casey y Hernández, *Familia*, 1997.
- Gellner, Ernest y otros, *Patrones y clientes en las sociedades mediterráneas*, trad. de Jesús Manuel Fernández, Júcar, Barcelona, 1985 [1a. ed. en inglés, Gerald Duckworth and Co. Ltd., 1977].
- , *Antropología y política. Revoluciones en el bosque sagrado*, trad. Alberto Luis Bixio, Gedisa, Barcelona, 1997.

———, *Anthropology and Politics*, Blackwell Publishers, Cambridge, 1995.

-Gernet, Louis, *Anthropologie de la Grèce antique*, Maspero, París, 1968.

-Gil Pujol, Xavier, "La historia política de la edad moderna europea, hoy: Progresos y minimalismo" en Barros, *Historia*, 1995.

-Gribaudi, Maurizio (coord.), *Espaces, temporalités, stratifications*, Éditions de l'EHESS, París, 1998.

———, "Échelle, pertinence, configuration" en Jacques Revel, *Jeux d'échelles*, EHESS, 1996.

-Guerra, François-Xavier, "Hacia una nueva historia política. Actores sociales y actores políticos", trad. de Juan Carlos Garavaglia, *Anuario del IEHS*, 1989, Tandil, pp. 243-264.

———, "El renacer de la historia política: razones y propuestas" en José Andrés Gallego (coord.), *New History, Nouvelle Histoire: hacia una Nueva Historia*, Universidad Complutense/Actas, Madrid, 1993.

———, *México: del antiguo régimen a la revolución*, trad. de Sergio Fernández Bravo, FCE, 1a. reimposición, México, 1995, de la 1a. ed., México 1988, 2 tomos, [*Le Mexique. De l'Ancien Régime à la Révolution*, L'Harmattan, París, 1985].

———, "Hacia una nueva historia política. Actores Sociales y Actores Políticos, *Anuario del IEHS*, 1989, Tandil, pp. 243-264.

———, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, FCE, México, 1993, 406 pp. [1a. ed., Mapfre 1992].

———, "El renacer de la historia política: razones y propuestas" en José Andrés Gallego (coord.), *New History, Nouvelle Histoire: hacia una Nueva Historia*, Universidad Complutense/Actas, Madrid, 1993, p. 221.

-Hespanha, António Manuel, *La gracia del derecho. Economía de la cultura en la edad moderna*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1993.

———, *Vísperas del Leviatán. Instituciones y poder político. Portugal, siglo XVII*, Taurus, Madrid, 1990.

-Herzog, Tamar, *La administración como un fenómeno social: la justicia penal de la ciudad de Quito (1650-1750)*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1995.

———, "La empresa administrativa y el capital social: los Sánchez de Orellana (Quito, siglo XVIII)" en Juan Luis Castellano (coord.), *Sociedad, administración y poder en la España del antiguo régimen. Hacia una nueva historia institucional*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada, Granada, 1996.

-Hourcade, Eduardo, Cristina Godoy y Horacio Botalla, *Luz y contraluz de una historia antropológica*, trad. de Gabriela Lea Wolochwinski, Biblos, Buenos Aires, 1995 [publicado en inglés en *The Journal of Modern History*, núm. 58, 1986, pp. 218-234]

-Imízcoz Beunza, José María, "Actores sociales y redes de relaciones en las sociedades del antiguo régimen. Propuestas de análisis en historia social y política", I Congreso Internacional Historia a Debate, Santiago de Compostela, 1993.

———, "Actores sociales y redes de relaciones en las sociedades del antiguo régimen. Propuestas de análisis en historia social y política" en Barros, *Historia*, 1995, vol. II, pp. 341-353.

———, "Comunidad, red social y elites. Un análisis de la vertebración social en el antiguo régimen" en José María Imízcoz Beunza (coord.), *Elites, poder y red social. Las elites del País Vasco y Navarra en la edad moderna (estado de la cuestión y perspectivas)*, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 1996.

-Ingerflom, Claudio, "Oublier l'état pour comprendre la Russie? (XVII<sup>e</sup>-XIX<sup>e</sup> siècle) Excursion historiographique", *Revue des études slaves*, vol. LVI, núm. 1, 1993 [versión en español, *Prohistoria*, núm. 1, 1997, Rosario, pp. 47-58].



-Jeudy, Henri-Pierre, "L'anthropologie politique en question" en Marc Abélès y Henri-Pierre Jeudy (coords.), *Anthropologie du politique*, Armand Colin, París, 1997, pp. 233-245.

-Julliard, Jacques, "La Política" en Pierre Nora y Jacques Le Goff, *Hacer la Historia*, Laia, Barcelona, 1985, vol. II [1a. ed. en francés, 1974].

-Kantorowicz, Ernst, *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*, trad. de Susana Aikin Araluce y Rafael Blázquez Godoy, Alianza, Madrid, 1985 [*The King's Two Bodies. A Study in Medieval Political Theology*, Princeton, 1957].

-Knorr-Cetina, K. y Michael Mulkay, *Science Observed: Perspectives on the Social Studies of Science*, Sage Publications, Londres, 1983.

Lapa do Amaral, J. R., *A historiografia brasileira contemporânea: A história em questão*, Editora Vozes, Petrópolis, 1976.

———, *História e historiografia*, Paz e Terra, Río de Janeiro, 1985.

-Latour, Bruno, *Science in Action. How to Follow Scientists and Engineers through Society*, Harvard University Press, Cambridge, 1987.

-Le Goff, Jacques, "Les retours dans l'historiographie française actuelle" en Barros, *Historia*, 1995, vol. III.

———, *La naissance de purgatoire*, Gallimard, París, 1981.

———, *Tiempo, trabajo y cultura en el occidente medieval: 18 ensayos*, trad. Mauro Armijo, Taurus, Madrid, 1983.

———, "Los retornos en la historiografía francesa actual", trad. de Darío Barrera, *Prohistoria*, núm. 1, 1997, Rosario, pp. 35-44.

———, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el occidente medieval*, Gedisa, Barcelona, 1985 [en francés *Mélanges Fernand Braudel*, Toulouse, 1972].

———, "¿Es la política todavía el esqueleto de la historia?" en Le Goff, *Maravilloso*, 1985.

———, "El ritual simbólico del vasallaje" en Le Goff, *Tiempo*, 1983.

———, "El historiador y el hombre cotidiano" en Le Goff, *Maravilloso*, 1985.

———, "Tiempos breves, tiempos largos. Perspectivas de investigación" en Le Goff, *Maravilloso*, 1985.

———, *L'Imaginaire Médiéval*, Gallimard, París, 1985.

———, Roger Chartier y Jacques Revel, *La nueva historia*, Mensajero, Barcelona, 1988.

———, "L'histoire nouvelle" en Varios autores, *Dictionnaire de la nouvelle histoire*, Retz, París, 1978, pp. 210-241 (Enciclopedies du Savoir Moderne).

-Lévi-Strauss, Claude, "Historia y etnología", trad. Eliseo Verón, en *Antropología estructural*, Eudeba, Buenos Aires, 1968 [*Anthropologie Structurale*, Plon, París, 1958].

———, "Histoire et ethnologie", *Annales ESC*, año XXXVIII, núm. 6, 1983, París, pp. 1217-1231 (texto presentado en la Sorbona el 2 de junio de 1983 para la 5a. Conferencia Marc Bloch).

-Maravall, José Antonio, *Estado moderno y mentalidad social*, Alianza Editorial, Madrid, 1986.

-Martínez Ruiz, Enrique y Magdalena de Pazzis Pi (coords.), *Las jurisdicciones*, Actas, Madrid, 1996 (Instituciones de la España Moderna).

-Michelet, Jules, *Oeuvres Completes*, Flammarion, París, 1974.

———, "Les Moyens âges de Michelet" en Michelet, *Oeuvres*, 1974, pp. 45-63.

———, "Las edades medias de Michelet" en Varios autores, *Tiempo*, 1983, pp. 19-44.

-Mommensen, Wolfgang, "Sur la Situation de l'Histoire Politique dans les Sciences Sociales" en *L'Historien entre l'ethnologue et futurologue*, Actes du séminaire international organisé sous les auspices de l'Association internationale pour la liberté de la culture, la

Fundation Giovanni Agnelli et la Fundation Giorgio Gini, Venecia, 2 al 8 de abril de 1971, París, 1972 (Le Savoir Historique, 4).

———, "Sur la Situation de l'Histoire Politique dans les Sciences Sociales" en René Rémond, *L'Histoire Politique*, PUF, París, 1980.

-Monsalvo Antón, José María, "Poder político y aparatos de Estado en la Castilla bajomedieval. Consideraciones sobre su problemática", *Studia Histórica, Historia Medieval*, vol. 15, núm. 2, 1986, Salamanca.

-Moutoukias, Zacarías, "Narración y análisis en la observación de vínculos y dinámicas sociales: el concepto de red personal en la historia social y económica" en María Bjerg y Hernán Otero (comps.), *Inmigración y redes sociales en la Argentina moderna*, IEHS/CEMLA, Tandil, 1995.

-Peña Guerrero, María Antonia, "La familia política: la utilización política del parentesco durante la restauración" en Casey y Hernández Franco, *Familia*, 1997.

-Prochasson, Christophe, "Vingt ans d'histoire politique en France", I Congreso Internacional Historia a Debate, Santiago de Compostela, 1993.

-Radding, Charles, "Antropología e historia o el traje nuevo del emperador", *Historia Social*, núm. 3, 1989, Barcelona, pp. 103-113.

-Raggio, Osvaldo, "La parentela come costruzione sociale e politica. Esempi dalla repubblica di Génova (secoli XVI-XVII)" en Casey y Hernández Franco, *Familia*, 1997.

-Rémond, René, *L'Histoire Politique*, PUF, París, 1980.

-Ricoeur, Paul, "Le paradoxe politique", *Esprit*, mayo, 1957.

-Rosanvallon, Pierre, "Le politique" en Jacques Revel y Nathan Wachtel, *Une école pour les Sciences Sociales. De la VI section à l'École des Hautes Études en Sciences Sociales*, introducción de Marc Augé, ediciones de la EHESS, Cerf, París, 1996, pp. 299-311.

-Ruiz Ibáñez, José Javier, *Felipe II y Cambray: el Consenso del Pueblo. La soberanía entre la práctica y la teoría política (1595-1677)*, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid, 1999.

———, "Sobre la crisis de 1590: no historia política, sino historia hecha con materiales documentales y procesos de análisis políticos" en Barros, *Historia*, 1995, pp. 237-245.

-Ruiz Martín, Felipe, "Prólogo" en Fernand Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Alianza, Madrid, 1990 (8a. reimpresión de la 1a. ed. en español, Madrid 1968), pp. 7-17.

-Schaub, Jean-Frédéric, "L'histoire politique sans l'état: mutations et reformulations" en Barros, *Historia*, 1995, pp. 217-235.

———, "El Estado en Francia en los siglos XVI y XVII: Guía de lectura para la historiografía de los años 1980-1992", *Cuadernos de Historia Moderna*, núm. 14, 1993, Madrid.

———, "Le temps et l'état: vers un nouveau régime historiographique de l'ancien Régime français", *Quaderni Fiorientini*, núm. 25, 1996, Milán, pp. 127-181.

-Stone, Lawrence, "El renacimiento de la narrativa. Reflexiones sobre una nueva vieja historia" en Varios autores, *Problemas de la historiografía contemporánea*, UAEM, Toluca, 1984.

-Thomas, Keith, "Historia y antropología", *Historia Social*, núm. 3, 1989, Barcelona, pp. 62-80.

-Thompson, Edward P., *Customs in Common*, Merlin Press, Londres, 1991.

———, "Folklore, antropología e historia social", *Historia Social*, núm. 3, 1989, Barcelona, pp. 81-102.

-Varios autores, *Dictionnaire de la nouvelle histoire*, Retz, París, 1978 (Enciclopedia du Savoir Moderne).

———, "1968: Significados y efectos sociales", *Sociológica*, UAM-Azcapotzalco, año 13, núm. 38, sep.-dic., 1998, México.

———, *Problemas, de la historiografía contemporánea*, UAEM, Toluca, 1984.

———, *Problemas actuales de la Historia*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1993 (Acta Salmanticensia. Estudios Históricos y Geográficos, 84).

-Wachtel, Nathan y Lucette Valensi, "L'anthropologie historique" en Jacques Revel y

Nathan Wachtel, *Une École pour les Sciences Sociales*, Editions du CERF y editions de l'EHESS, París, 1996.

-Wickhan, Chris "Comprender lo cotidiano: Antropología social e historia social", *Historia Social*, núm. 3, 1989, Barcelona, pp. 115-128.